

XIV

La despedida

Llegó el término de este día de hechizos, como sucede siempre al fin de un sueño: las horas habían pasado como segundos para el dichoso caballero, y no obstante, le parecía reunir en este solo día suficientes recuerdos para tres existencias ordinarias. Cada una de las calles del parque había sido enriquecida por una palabra, por un recuerdo de la señora de Cambes; una mirada, un gesto, un dedo colocado sobre los labios, todo tenía un significado... Al entrar en la barca le había apretado la mano; al subir por la ribera, se había apoyado en su brazo; al bordear el muro del parque, se había sentado por sentirse fatigada; y en cada una de estas ilusiones, que como relámpagos habían pasado ante los ojos del barón, había quedado presente en su memoria el paisaje iluminado por un resplandor fantástico, no sólo en todo su conjunto, sino hasta en sus más pequeños pormenores.

Canolles no debía separarse de la señora de Cambes durante el día; mientras el desayuno le convidó á comer, y durante la comida á cenar.

En medio de todo el boato que la fingida princesa debió emplear para recibir al enviado del rey, distinguió el barón las dulces atenciones de la mujer apasionada, y olvidó los criados, la etiqueta, el mundo; olvidó hasta la

promesa que de retirarse había dado, y se creyó establecido por una eternidad venturosa en aquel paraíso terrenal, donde él sería Adán, y Eva la señora de Cambes.

Pero cuando llegó la noche, y á su vez se terminó la cena, como habían trasecurrido todos los demás actos de aquel día, es decir, en medio de un gozo inefable, cuando una dama de honor condujo á la mesa á Perico disfrazado aun en duque de Enghien, que aprovechó esta circunstancia para comer, cual habrían podido hacerlo cuatro príncipes de sangre juntos; cuando la campana del reloj empezó á resonar, y alzando la vista la vizecondesa se persuadió de que iba á dar diez golpes:

— Es llegada la hora, dijo con un suspiro.

— ¿Qué hora? preguntó el barón haciendo por sonreír, y tratando de eludir con una chanza un grande infortunio.

— La hora de cumplir la palabra que me habéis dado.

— ¡Válgame Dios, señora! dijo Canolles con tristeza. ¡No os olvidáis de nada!...

— Acaso lo habría olvidado como vos, replicó la señora de Cambes; pero ved aquí lo que me renueva la memoria.

Y sacó de su bolsillo una carta, que había recibido en el momento de ponerse á la mesa.

— ¿Dé quién es esa carta? preguntó el barón.

— De la princesa, que me llama á su lado.

— ¡Al menos, es un pretexto! Os doy gracias por haber tenido esa consideración hacia mí.

— No os hagáis ilusiones, señor de Canolles, dijo la vizecondesa con una tristeza que no trataba de disimular. Aunque no hubiera recibido esta carta, al llegar la hora prefijada os habría recordado, como acabo de hacerlo, vuestra partida. ¿Creéis que entre las personas que nos rodean puede por más tiempo pasar desapercibida nuestra mutua inteligencia? Convenid en que vuestras rela-

ciones no son las de una princesa perseguida con su perseguidor. Pero si aun esta separación no es tan cruel como pretendéis, permitidme que os diga, señor barón, que sólo de vos depende el que no nos separemos.

— ¡ Hablad, hablad ! exclamó Canolles.

— ¿ No adivináis ?...

— ¡ Oh, si tal, señora ! ¡ Lo adivino perfectamente !

¿ Queréis hablarme de seguir con vos á la señora princesa ?...

— Ella misma me lo dice en esta carta, dijo con viveza la señora de Cambes.

— Gracias, porque no proviene de vos esa idea. Gracias también por el recelo con que habéis hecho la proposición. No es decir que mi conciencia se altere á la idea de servir en este ó aquel partido ; no : carezco de convicción. ¿ Y quién la tiene en esta guerra, si se excluyen los intereses personales ? Cuando la espada salga de su vaina, ¿ qué me importa que venga el golpe de este ó del otro ? No conozco la corte ni á los príncipes. No tengo ambición independiente por mi fortuna. Nada espero de los unos ni de los otros. Soy oficial, y nada más.

— Entonces, ¿ consentiréis en seguirme ?

— No.

— Pero ¿ por qué no, siendo las cosas como decís ?

— Porque me estimaréis menos.

— ¿ No os detiene otro obstáculo ?

— Os lo juro.

— ¡ Oh ! En ese caso, nada temáis.

Vos misma no creéis lo que acabáis de decir en éste momento, contestó Canolles alzando el dedo y sonriendo. Un tráfuga es siempre un traidor ; y aunque la primera palabra es más decorosa, no difieren en significado.

— Pues bien, tenéis razón, repuso la señora de Cam-

bes : no insistiré más. Si os encontraseis en una posición ordinaria, emplearía todos los medios posibles para ganáros al partido de los príncipes ; pero como enviado del rey, encargado de una misión de confianza por S. M. la reina regente y por el primer ministro, honrado con la benevolencia del señor duque de Epernón, que no obstante las sospechas que concebí desde luego, se me ha afirmado que os protege de una manera particular...

Canolles se cubrió de rubor.

— Estoy en el caso de usar de la mayor discreción. Pero escuchadme, señor de Canolles, nuestra separación no es perpetua, vivid seguro que nos volveremos á ver, mis presentimientos me lo dicen.

— ¿ Dónde ? preguntó Canolles.

— No lo sé ; pero ciertamente nos volveremos á ver.

El barón meneó tristemente la cabeza.

— No lo espero, señora, la dijo ; media entre nosotros la guerra, y este es un grande obstáculo cuando al mismo tiempo no hay amor.

— ¿ Y el día de hoy, dijo con hechicera entonación la señora de Cambes, no le tenéis en nada ?

— Es el único en que estoy seguro de haber vivido, desde que vine al mundo.

— Entonces, confesad que sois ingrato.

— Concededme otro día igual á éste.

— No puedo. Tengo que partir precisamente esta noche.

— No le solicito para mañana ni pasado ; solamente deseo un día cualquiera en adelante. Tomad el tiempo que queráis, elegid el lugar que os agrada ; pero que viva yo con una certidumbre : sin una esperanza al menos, sufriría demasiado.

— ¿ Adónde vais al separaros de mí ?

— Á París, á dar cuenta de mi cometido.

— ¿Y después?

— Á la Bastilla, tal vez.

— Pero suponiendo que no vayáis allí...

— Me vuelvo á Liburnio, donde debe estar mi regimiento.

— Y yo á Burdeos, donde estará la princesa. ¿Conocéis alguna aldea bastante aislada que esté en el camino de Burdeos y el de Liburnio.

— Una conozco, cuyo recuerdo me es casi tan grato como el de Chantilly.

— Jaulnay, dijo la señora de Cambes sonriendo.

— Jaulnay, repitió Canolles.

— Pues bien, se necesitan cuatro días para llegar á Jaulnay. Hoy es martes: el domingo me de tendré allí todo el día.

— ¡Oh, gracias, gracias! exclamó el barón, oprimiendo con sus labios una mano, que la de Cambes no tuvo valor para retirar.

Pasado un instante, dijo Clara:

— Ahora, nos queda que terminar el desenlace de nuestra comedia.

— ¡Ah, sí! es verdad, señora; la comedia, que debe cubrirme de ridiculez á los ojos de la Francia entera. Pero no tengo nada que decir: yo lo he querido así, y soy, no quien ha elegido el papel que represento, pero sí quien ha preparado el desenlace que le da fin.

La señora de Cambes bajó los ojos.

— Ahora, instruídme de lo que debo hacer, dijo el barón: sólo espero vuestras órdenes, y estoy dispuesto á todo.

Era tal la conmoción de Clara, que Canolles podía ver

el movimiento del terciopelo de su vestido sobre los latidos desiguales y precipitados de su seno.

— Grande es el sacrificio que por mí habéis hecho, lo sé; ¡pero creedme en nombre del cielo! También en cambio es eterno mi reconocimiento. ¡Sí, por mí vais á arrostrar el desagrado de la corte! Vais á ser juzgado severamente. ¡Oh, caballero! os suplico que despreciéis todo eso, si tenéis algún placer en haberme hecho feliz.

— Trataré de ello, señora.

— Creedme, barón; continuó la vizcondesa; ese frío dolor de que os veo acometido, es un terrible remordimiento para mí. Otras os recompensarian, quizá, más cumplidamente que yo, caballero; mas una recompensa acordada con tanta facilidad, no pagaría tan dignamente vuestro sacrificio.

Y esto diciendo, Clara bajó los ojos, dando un suspiro de sufrimiento pudoroso.

— ¿Es eso todo cuanto me tenéis que decir? preguntó el barón.

— Tomad, dijo la vizcondesa sacando de su bolsillo un retrato, que entregó á Canolles; tomad este retrato, y á cada disgusto que os origine este desgraciado suceso, miradle, y decid que sufris por la persona cuya imagen representa, y que pagará cada uno de vuestros sufrimientos con un pesar.

— ¿Y nada más?

— Con la estimación.

— ¿Y nada más?

— Con la simpatía.

— ¡Ah, señora! una palabra más, exclamó el barón; ¿qué os euesta hacerme completamente feliz?

Clara hizo hacia Canolles un movimiento rápido, le tendió la mano, y abrió la boca para añadir:

— Con amor.

Pero al mismo tiempo que sus labios, se abrieron las puertas, y apareció el fingido capitán de guardias acompañado de Pompeyo.

— En Jaulnay concluiré, dijo la vizcondesa.

— ¿Vuestra frase ó vuestro pensamiento?

— Una y otro. La primera exprime siempre el segundo.

— Señora, dijo el capitán de guardias; los caballos de V. A. están enganchados.

— Fingid admiración, dijo la vizcondesa muy quedo al joven.

Canolles mostró una sonrisa de compasión, dirigida á sí mismo.

— ¿Adónde va V. A.? preguntó.

— Parto.

— ¿Pero acaso ha olvidado V. A. que tengo orden de S. M. de no abandonaros un instante?

— Caballero, vuestra misión ha terminado.

— ¿Qué queréis decir?

— Que yo no soy S. A. la señora princesa de Conde, sino la vizcondesa de Cambes, su primera dama de honor. La señora princesa partió ayer noche, y yo voy á reunirme con S. A.

El barón quedó inmóvil: le repugnaba visiblemente continuar en la ejecución de semejante farsa ante un público de lacayos.

La señora de Cambes, para animar á Canolles, le cobijó con su dulce mirada. Esta mirada le dió algún valor.

— Luego se ha engañado el rey, dijo él. ¿Y el señor duque de Enghien, ¿dónde está?

— He ordenado á Perico volver á sus acirates y á sus flores, dijo una voz grave á la entrada del aposento.

Esta voz era la de la princesa viuda, que estaba en pie

en la puerta, sostenida por dos damas de confianza.

— Volved á Paris, á Nantes, á San Germán; volved á la corte, en fin; vuestra misión aquí ha terminado. Decid al rey que las personas á quien se persigue, han recurrido á la astucia, cosa que anula su empleo de la fuerza. Sois, sin embargo, muy dueño de permanecer en Chantilly para velar sobre mí, que ni he salido, ni saldré del castillo, porque no es tal mi designio. Conque, señor barón, Dios os guarde.

Canolles, abochornado, apenas se sintió con fuerza para inclinarse, mirando á la señora de Cambes y murmurando en tono de reproche:

— ¡ Ah, señora, señora!

La vizcondesa comprendió aquella mirada, y entendió estas palabras; y dirigiéndose á la viuda, dijo:

— Permitame V. A. ejecutar aun por un momento el papel de princesa. Quiero dar las gracias al señor barón de Canolles, en nombre de los ilustres señores que han abandonado este castillo, por el respeto que ha mostrado y la delicadeza de que ha hecho uso en el cumplimiento de una misión tan difícil. Me atrevo á pensar, señora, que V. A. es de este parecer, y á esperar en consecuencia que unirá sus acciones de gracias á las mías.

La viuda, movida por estas palabras tan firmes, entreviendo tal vez en ellas con su profunda sagacidad una de las faces de aquel nuevo secreto ingerido en el primero, pronunció entonces con voz no exenta de cierta emoción, las siguientes palabras:

— Caballero, para todo cuanto habéis hecho contra nosotros, olvido: para cuanto habéis hecho en favor de nuestra casa, gratitud.

Canolles puso una rodilla en tierra ante la princesa, que

le dió á besar la misma mano que tantas veces había besado Enrique IV.

Este era el complemento de la escena, la irremisible despedida, y ya no le quedaba al barón más recurso que partir, como iba á hacerlo la señora de Cambes. Retiróse, pues, á su habitación, y apresuróse á escribir á Mazarino el pliego más desesperado que pudo concebir: este pliego debía sustraerle á las primeras impresiones del momento de sorpresa. Atravesó después las filas de los sirvientes del castillo, no sin temor de recibir sus insultos, y bajó hasta el patio, en que se le tenía dispuesto su caballo.

En el momento de poner el pie en el estribo, una voz imperiosa pronunció estas palabras:

« Honor al enviado de S. M. el rey nuestro señor. »

Estas palabras hicieron humillar todas las frentes ante el barón, que después de haberse inclinado ante la ventana en que se hallaba la princesa, metió espuelas al caballo y desapareció con la cabeza erguida.

Castorín, desencantado del hermoso sueño que Pompeyo en su precaria calidad de mayordomo le había inspiado, siguió á su amo cabizbajo.

XV

Los enganchadores

Tiempo es ya de volver la vista á uno de los personajes más importantes de esta historia, que montado en un hermoso caballo, sigue la ruta de Paris á Burdeos, rodeado de cinco compañeros, cuyos ojos chispeaban al menor choque de un saco lleno de escudos de oro, que el teniente Ferguzón lleva pendiente del arzón de su silla. Esta armonía regocijaba y recreaba á la cuadrilla, como el sonido del parche y de los instrumentos reanima á los soldados en las marchas.

— No importa, no, decía uno de los seis hombres: diez mil libras es un hermoso dinero.

— Es decir, contestó Ferguzón, que este sería un dinero muy bueno si no debiera nada á nadie; pero este dinero debe una compañía á la señora princesa: *nimum satis est*, como dice la antigüedad, lo que puede traducirse con estas palabras: lo demasiado solo puede ser bastante. Pero, querido Barrabás, nosotros no tenemos el famoso *bastante* que corresponde al *demasiado*.

— Que no nos vaya á salir caro el bien parecer, dijo Cauviñac: todo el dinero del colector real se ha convertido en arneses, justillos y brocados. Estamos flamantes como unos señores, y llevamos nuestro lujo hasta el

extremo de tener bolsas; verdad es que nada tienen dentro. ¡Oh, apariencia!

— Hablad por nosotros, capitán, y no por vos, repuso Barrabás. Vos tenéis una bolsa con diez mil libras.

— Amigo, dijo Cauviñac, tú no has entendido, ó has comprendido mal lo que Ferguzón acaba de decir respecto á nuestras obligaciones hacia la princesa. — Yo no soy de esos que se comprometen á una cosa y hacen otra. El señor Lenet me ha entregado diez mil libras para alzar una compañía y la alzaré aunque el demonio me lleve. Ahora me resta otras cuarenta mil el día en que esté formada; y si entonces no paga esas cuarenta mil libras, nos veremos...

— ¡ Con diez mil libras! exclamaron en coro cuatro voces irónicas; porque solo Ferguzón, plenamente confiado en los recursos de su jefe, parecía estar convencido de que Cauviñac llevaría á cabo lo que había prometido.

— ¡ Con diez mil libras alzaréis una compañía!

— Sí, dijo Cauviñac; aunque se deba añadir algo más.

— ¿ Y quién ha de añadir ese algo más? preguntó una voz.

— No seré yo, dijo Ferguzón.

— Entonces, ¿ quién? preguntó Barrabás.

— ¡ Pardiez! el primero que caiga. Esperad; justamente veo un hombre allá abajo, en el camino. Vais á ver...

— Ya comprendo, dijo Ferguzón.

— ¿ Y nada más?

— Admiro.

— Si, dijo uno de los caballeros aproximándose á Cauviñac, comprendo perfectamente que tratáis de cumplir vuestra promesa, capitán: sin embargo, pudiéramos perder mucho por el bien parecer. Hoy somos necesarios; pero si mañana se alza la compañía, se pondrán en ella

oficiales de confianza, y se nos despedirá á nosotros, después de haber tenido el trabajo de formarla.

— Sois un necio, en cinco letras, amigo Carrotel; y no es esta la primera vez que os lo digo, repuso Cauviñac. El miserable razonamiento que acabáis de hacer os priva del grado que os destinaba en la compañía; porque es evidente que nosotros seremos los seis oficiales de este pequeño ejército. Tenía intenciones de nombraros subteniente de un tirón, Carrotel; pero no seréis más que sargento. Barrabás, vos que nada habéis dicho, y merced á la mezquindad que acabáis de oír, ocuparéis ese puesto hasta tanto que ahorquen á Ferguzón; en cuyo caso ascenderéis á teniente por derecho de antigüedad. — Pero no perdamos de vista á mi soldado, que percibo allá abajo.

— ¿ Pero tenéis alguna idea de quién es ese hombre, capitán? dijo Ferguzón.

— Ninguna.

— Debe ser paisano. Trae una capa negra.

— ¿ Estás seguro?

— Mirad cómo la levanta el viento. ¿ Lo veis?

— Si trae capa negra debe ser hacendado; entonces tanto mejor. La compañía que vamos á reclutar es para el servicio de los príncipes, y es necesario que se componga de buena gente. Si fuera para ese modrego de Mazarino, cualquiera cosa era buena; pero para los príncipes, ¡ ah, Ferguzón! tengo la idea de que mi compañía me ha de honrar, como dice Falstaff.

Toda la cuadrilla metió espuelas para atrapar al paisano, que iba tranquilamente por en medio del arrecife.

Cuando el digno hombre, que iba montado en una buena mula, vió á los brillantes caballeros que venían á galope, se apartó respetuosamente á un lado del camino, y saludó á Cauviñac.

— Es atento, dijo éste, buen principio; pero no sabe el saludo militar, y será necesario enseñárselo.

Cauviñac le devolvió el saludo; y colocándose después á su lado, le dijo:

— Caballero, ¿queréis decirme si amáis al rey?

— ¡Pardiez! respondió el paisano.

— ¡Admirable! dijo Cauviñac moviendo los ojos con alegría. — ¿Y á la reina?

— ¡Excelente! ¿Y al señor de Mazarino?

— ¡El señor de Mazarino es un grande hombre, caballero, y le admiro!

— Perfectamente. En ese caso, continuó Cauviñac, tenemos el gusto de encontrar un buen servidor de S. M.

— Caballero, me glorio de ello.

— ¿Y estáis dispuesto á darle pruebas de vuestro celo?

— En todas ocasiones.

— ¡Esto es magnífico! No hay como las carreteras para proporcionar semejantes encuentros.

— ¿Qué queréis decir? dijo el paisano, empezando á mirar á Cauviñac con cierta inquietud.

— Quiero decir, caballero, que es necesario que nos sigáis.

El paisano dió sobre la silla un salto de sorpresa y terror.

— ¡Seguiros! ¿Y adónde, caballero?

— No sé á punto fijo á dónde vamos.

— Caballero, yo no viajo sino en compañía de las personas que conozco.

— Eso es muy justo, y al mismo tiempo propio de un hombre prudente. Voy, pues, á decirlos quiénes somos.

El paisano hizo un movimiento como para indicar que ya creía haberlo adivinado. Cauviñac continuó, sin darse por entendido de este movimiento.

— Yo soy Rolando de Cauviñac, capitán de una compañía que está ausente, es verdad, pero dignamente representada por Luis Gabriel Ferguzón, mi teniente; por Jorge Guillermo Barrabás, mi subteniente; por Ceferino Carrotel, mi sargento, y por esos otros dos señores, que uno es mi furriel y el otro mi aposentador. Ya nos conocéis, caballero, añadió Cauviñac con la más franca sonrisa, y así me atrevo á esperar que ya no nos tendréis antipatía.

— Pero, señor, respondió el paisano, yo he servido ya á S. M. en la milicia urbana, y pago tal cual mis impuestos, cuotas, cargos, etc.

— Ya, concedo, caballero, continuó Cauviñac; pero no os engancho para servir á S. M., sino á los señores príncipes, cuyo indigno representante veis en mí.

— ¡Al servicio de los príncipes, que son enemigos del rey! exclamó el paisano cada vez más admirado. Entonces, ¿por qué me preguntabais si amaba á S. M.?

— Porque, mi amigo, si no hubieseis amado al rey, si hubieseis acusado á la reina y blasfemado del señor de Mazarino, me hubiera guardado muy bien de molestaros separándoos de vuestras ocupaciones; pues en tal caso me hubierais sido sagrado como un hermano.

— Pero, en fin, caballero, yo no soy ningún esclavo. Yo no soy un siervo.

— No, señor; sois soldado, es decir, perfectamente libre de aspirar á ser capitán, como yo, ó mariscal de Francia, como el señor de Turena.

— Caballero, yo he pleiteado mucho en mi vida.

— ¡Ah! tanto peor, tanto peor; es una costumbre picara la de los pleitos. Yo jamás he tenido pleitos, lo que tal vez sea por haber estudiado para abogado.

— Pero pleiteando he aprendido las leyes del reino.

— Eso es muy largo de contar. Sabéis, caballero, que desde las Pandectas de Justiniano hasta el acuerdo del parlamento rebatido á la muerte del mariscal de Anere, en que se decide que jamás un extranjero podrá ser ministro de Francia, hay diez y ocho mil setecientas setenta y dos leyes, sin contar las reales órdenes, decretos y edictos gubernativos; pero, en fin, hay organizaciones privilegiadas dotadas de una memoria maravillosa; Pic de la Mirándola hablaba doce lenguas á los diez y ocho años. ¿Y qué fruto habéis sacado del conocimiento de esas lenguas? dijo Cauviñac.

— El fruto... el fruto de saber que sin autorización no se puede detener á nadie en medio de un camino real.

— La tengo, amigo. Vedla aquí.

— ¿De la señora princesa?

— ¿De S. A. misma.

Y Cauviñac se alzó ligeramente el sombrero.

— Pero qué, ¿hay dos reyes en Francia? exclamó el paisano.

— Sí, señor: y ved ahí por lo que tengo el honor de reclamar vuestra asistencia, y por lo que miro como un deber alistaros á su servicio.

— Apelaré al parlamento, caballero.

— Ese es un tercer rey, efectivamente, á quien también tendréis probablemente ocasión de servir. Nuestra política no tiene límites. Conque, andando, mi amigo.

— Eso es imposible, señor; se me espera para cierto asunto.

— ¿Dónde?

— En Orleáns.

— ¿Quién?

— Mi procurador.

— ¿Para qué?

— Para un asunto de dinero.

— ¡El primer asunto es el servicio del Estado, caballero!

— ¿No puede el Estado pasar absolutamente sin mí?

— ¡Contamos con vos! Y en verdad que nos haréis falta; sin embargo, si, como decís, vais á Orleáns por un asunto de dinero....

— Sí, señor; por un asunto de dinero.

— ¿De cuánto?

— De cuatro mil libras.

— ¿Que vais á recibir?

— No; que voy á dar.

— ¿Á vuestro procurador?

— Justamente, caballero.

— ¿Por un pleito ganado?

— No; perdido.

— En efecto, eso merece consideración.... ¡Cuatro mil libras!

— Cuatro mil libras.

— Esa es justamente la cantidad que desembolsaréis, dado caso que SS. AA. los principes consientan en admitir un sustituto mercenario en reemplazo de vuestros servicios.

— Con cien escudos pago un sustituto, yo.

— ¡Un sustituto de vuestra clase; un sustituto que monte en mula con los pies hacia fuera, como vos; un sustituto que sepa diez y ocho mil setecientas setenta y dos leyes! Vamos caballero, para un hombre ordinario, concedo, serian suficientes cien escudos; pero si nos contentamos con hombres ordinarios, no podremos hacer frente al rey. Nada, nada, necesitamos hombres de vuestro mérito, de vuestro rango y talle. ¡Qué diablos! no

rebajéis vuestro mérito. ¡ Me parece que bien valéis cuatro mil libras !

— Ya veo adonde se quiere venir á parar, exclamó el paisano; esto es un robo á mano armada.

— Caballero, nos insultáis, dijo Cauviñac, y os desollaríamos vivo para reparar ese insulto, si nouviésemos que mantener una buena reputación en los ejércitos de los principes; no, no se dirá tal de nosotros. Dadme vuestras cuatro mil libras, pero no vayáis á creer que sea esto una exacción; al menos es menester que lo creáis así.

— ¿ Y quién le pagará entonces á mi procurador ?

— Nosotros.

— ¿ Vosotros ? ¿ Pero me daréis un recibo ?

— En regla.

— ¿ Firmado por él ?

— Firmado por él.

— En ese caso, ya es otra cosa.

— Ya véis. — ¿ Conque aceptáis ?

— Preciso será, puesto que no puedo hacer otra cosa.

— Ahora, dadnos las señas de la habitación del procurador, y algunas nociones indispensables.

— Ya os he dicho que era una condena, resultado de un pleito perdido.

— ¿ Contra quién ?

— Contra un tal Biscarrós, demandante como heredero de su mujer, que era natural de Orleáns.

— ¡ Atención ! dijo Ferguzón.

Cauviñac hizo con el ramo del ojo una seña, que quería decir :

— Nada temas ; estoy á la mira.

— Biscarrós, dijo Cauviñac, ¿ no es un posadero de las cercanías de Liburnio ?

— Justamente. Que habita entre esa ciudad y San Martin de Cubzac.

— En la posada del Becerro de Oro.

— El mismo.

— ¿ Le conocéis ?

— Un poco.

— ¡ El miserable ! hacerme condenar al pago de una cantidad...

— ¿ Qué no le debíais ?

— Si tal... pero que no esperaba pagarle.

— Comprendo : es cosa dura.

— Por lo tanto, os juro que estimaría más ver ese dinero en vuestras manos que no en las suyas.

— En ese caso, creo que quedaréis contento.

— Pero, ¿ y mi recibo ?

— Venid con nosotros y le obtendréis en debida forma.

— ¿ Cómo lo conseguiréis ?

— Eso me toca á mí.

— Siguiéron caminando hacia Orleáns, adonde llegaron cerca de las dos. El paisano condujo á los enganchadores á la posada más próxima á su procurador. Era esta posada un horrible degolladero, con la enseña de la *Paloma del Diluvio*.

— ¿ Cómo se vá á componer esto ? dijo entonces el paisano. Yo bien quisiera no deshacerme de mis cuatro mil libras sino en cambio de mi recibo.

— Eso es lo de menos. ¿ Conocéis la letra de vuestro procurador ?

— Perfectamente.

— ¿ Y en dándoos su recibo, no tendréis ninguna dificultad en entregarnos vuestro dinero ?

— Ninguna. Pero sin el dinero no dará recibo mi procurador. ¡ Oh ! le conozco muy bien.

— Yo anticipo la suma, dijo Cauviñac.

Y sacando al mismo tiempo de su bolsa cuatro mil libras, dos mil de ellas en luises y el resto en medias pistolas, alineó las pilas ante los ojos admirados del paisano.

— Se necesita saber cómo se llama vuestro procurador.

— Maese Robodin.

— Pues bien; tomad una pluma y escribid.

El paisano obedeció.

« Maese Robodin: os remito las cuatro mil libras de costas é intereses en que he sido condenado contra Maese Biscarrós, que sospecho hará de ellas un uso culpable. Tened la bondad de entregar al portador vuestro recibo en forma. »

— ¿Y qué más? preguntó el paisano.

— La fecha y la firma.

El paisano puso la fecha y la firma.

— Toma esta carta y este dinero, dijo Cauviñac á Ferguson; disfrazate de molinero, y vé á casa del procurador.

— ¿Y qué es lo que voy á hacer con el procurador?

— Darle ese dinero, y traerte su recibo.

— ¿Y nada más?

— Nada más.

— No comprendo.

— Ni os hace falta; así saldrá mejor la comisión.

Ferguson tenía grande confianza en su capitán, y sin replicar, se encaminó á la puerta.

— Decid que nos suban vino del mejor, dijo Cauviñac; debe estar alterado el señor.

Ferguson saludó en señal de obediencia, y salió. Media hora después volvió y encontró á Cauviñac sentado á la mesa con el paisano; ambos estaban haciendo los honores

á ese famoso vinillo de Orleans, que tanto alegraba el palacio gascón de Enrique IV.

— ¿Y bien? preguntó Cauviñac.

— Y bien, aquí está el recibo.

— ¿Es éste? dijo Cauviñac, pasando el pedazo de papel timbrado al paisano.

— El mismo.

— ¿Está en regla?

— Perfectamente.

— ¿No tendréis ya ninguna dificultad en entregarme contra este recibo vuestro dinero?

— Ninguna.

— Dádmelo, pues.

El paisano contó las cuatro mil libras; Cauviñac las metió en su bolsón, donde reemplazaron á las ausentes.

— ¿Y esto mediante soy ya libre? dijo el paisano.

— ¡Oh, sí! á menos que no tengáis empeño en servir.

— No personalmente; pero...

— ¿Qué?... Veamos, dijo Cauviñac, tengo un presentimiento de que no nos hemos de separar sin hacer algún otro negocio.

— Puede ser, dijo el paisano completamente tranquilo por la posesión de su recibo; pues habéis de saber que tengo un sobrino.

— ¡Ah, ya!

— Mozo terco y camorrista.

— Del cual deseais veros libre.

— No precisamente; pero me parece que sería un buen soldado.

— Enviádmelo, que yo me encargo de hacerle un héroe.

— ¿Conque le alistaréis?

— Con mucho gusto.

— También tengo un ahijado, mozo de mérito, que

piensa recibir las órdenes, y por el cual estoy obligado á pagar una gruesa pensión.

— De suerte que preferiríais tomase el mosquete, ¿ no es así? Enviadme el ahijado con el sobrino, y os costará quinientas libras por entrambos, nada más.

— ¡ Quinientas libras? No comprendo.

— Sin duda, al entrar se paga.

— Entonces, ¿ por qué me queríais hacer pagar por no entrar?

— Esas son razones particulares. Vuestro sobrino y vuestro ahijado deben pagar doscientas cincuenta libras cada uno, y no volveréis á saber más de ellos.

— ¡ Cáspita! muy seductor es eso que me decís. ¿ Y estarán bien?

— Es decir, que una vez que le hayan tomado el gusto al servicio bajo mis órdenes, no querrán trocar su posición por la del emperador de la China. Preguntad á esos señores cómo los trato. — ¡ Responded, Barrabás, Carrotel!

— Es cierto, dijo Barrabás que vivimos como unos señores.

— ¿ Y cómo están vestidos? Mirad.

Carrotel hizo una pirueta girando sobre un pie, á fin de mostrar á todas luces su magnífico traje.

— El hecho es que no hay nada que decir con respecto al porte.

— Nada. ¿ Y qué, me enviaréis á vuestros dos jóvenes?

— Eso quisiera. ¿ Os detendréis aquí mucho tiempo?

— No, mañana temprano partimos; pero á fin de esperarles iremos al paso. Dadnos las quinientas libras, y es negocio concluido.

— No tengo más que doscientas cincuenta.

— Bien, ellos pueden traer las otras doscientas cin-

cuenta, lo cual os servirá de pretexto para enviármelos; porque sin un pretexto, sospecharían algo.

— Pero es muy fácil, dijo el paisano, que me contesten que uno solo basta para la comisión.

— Decídesles que los caminos no están seguros, y le dais á cada uno ciento veinte y cinco libras; este será un adelanto hecho sobre su sueldo.

El paisano abrió los ojos admirado.

— En verdad, dijo, no hay como los militares para salir de cualquier atolladero.

Y después de haber contado las doscientas cincuenta libras, que entregó á Cauviñac, se marchó pasmado de haber encontrado ocasión de colocar por quinientas libras á un sobrino y un ahijado, que le costaban al año más de cien pistolas.